

8

AQUÍ, ENTRE MAGRAS ESPIGAS

Alicia Eguren

M

V

J

colección
Versos Aparecidos



Alicia Eguren nació el 11 de octubre de 1925 en la ciudad de Buenos Aires. Estudió Letras en la UBA. Se desempeñó como docente de Literatura argentina II en la UNLP entre 1954 y 1955. Publicó cuatro poemarios: *El canto de la tierra inicial* (1949), *Dios y el mundo* (1950), *El talud descuajado* (1951) y *Aquí, entre magras espigas* (1952). Luego del golpe militar de 1955 fue recluida en el penal de Olmos durante 19 meses. La poeta fue una activa organizadora de la Resistencia peronista, colaboró y militó en distintas organizaciones revolucionarias durante dos décadas. Militaba en el Partido Revolucionario de los Trabajadores cuando fue secuestrada el 26 de enero de 1977 por un grupo de tareas de la ESMA.

AQUÍ,
ENTRE MAGRAS
ESPIGAS

colección
Versos Aparecidos

AQUÍ,
ENTRE MAGRAS
ESPIGAS

Alicia Eguren

colección
Versos Aparecidos

Eguren, Alicia

Aquí, entre magras espigas / Alicia Eguren ; Director editorial: Roesler, Pablo; Editores literarios: Aiub, Juan; Inama, Ramón Oscar y Tavernini Emiliano / Diseñado por Civit, Luciana / Correcciones de Becerra, Clara / comentarios de Matías Facundo Moreno. - 1a ed. - La Plata : MEVEJU, 2023.

90 p. ; 20 x 13 cm. - (Versos aparecidos / 8)

ISBN 978-631-90009-2-4

1. Poesía Argentina. 2. Desaparecidos. 3. Memoria. I. Moreno, Matías Facundo, com. II. Título.

CDD A861



@2023, Alicia Eguren.

Todos los derechos reservados

Editorial MeVeJu, 2023.

ISBN 978-631-90009-2-4

1000 ejemplares

Impreso en DiPIDE Dirección Provincial de Impresiones y Digitalización del Estado
Buenos Aires, en el mes de mayo de 2023.

Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires ; Editorial MeVeJu, 2023.

*En tanto convulsiva ásperamente
convalece mi freno,
padeciendo como padezco del lenguaje directo del león.*

César Vallejo. *Poemas humanos.*

Poemas de Sanagasta

a Estela González de Lastra,
estos poemas de La Rioja

I

A la eternidad del polvo,
a su eternidad sin dolor
dedico mis versos
para que sobre ella caigan
como los años
sobre un páramo absoluto.

A la eternidad de la tierra,
a su imperio de servidumbre,
el que descabeza
la cresta de la adormidera
cuando yergue al sol
su primavera cuajada.

A la eternidad de la nada
cuyo fruto nos sumirá
en su puro todo,
oh la radiante violencia,
cuando la música
por fin disuelva a las esferas.

A la pequeña eternidad

del hombre, hombre, del hombre,
sereno derrumbe
que no puede pensar dos veces
al número uno
con su boca de perfección.

A la pequeña eternidad
de sus encantadoras fábulas
cabrilleando bajo el sol
para la urgencia
de la consumación perfecta.

A su recta bala del sí,
a su racimo en tolvanera
mordiendo a las cosas
con la alegría del día
primero, hincándoles
su miserable señorío.

A su angustia, a su angustia madre
del linaje doloroso,
ramazón humana,
para que filtre su gran bolsa
bajo los cimientos
como hacen los ríos esclavos.

A la carcajada sin rostro
del amor,

a su huracanado oficio
amante de la muerte,
estos versos sin punto final.

II

Toma la manzana
dame tú el testuz
la buena mala siembra
nos disfrazará de azul.

Dame más palabras
que el caldero reventó.
La boca de la tierra
crea, crea un nuevo sol.

Palabras y pedazos
y pedazos del amor,
debajo de la muerte
río, irrumpo, y canto yo.

Encima de la muerte
destrozando esta falena,
agujas agujillas
bien y mal la ciencia entera.

La vida por el agua,

por la Vida el Esplendor.
Machaca tú y destroza
que es la nueva integración.

Corta tú la tierra
tierra y noche de las viñas.
Te doy los huesos nuevos
dame tú la nueva cimbra.

El tiempo ha dicho sí
el tiempo con su joven flámula.
Yo voltearé a los vientos
la botella vieja y agria.

Para el jugo permanente
llega el tiempo de leudar;
las montañas, las montañas
pronto ya nos hablarán.

Las montañas y las aguas
con sus máquinas sin cisco;
la alcántara del mundo
te ahogará en su jugo amigo.

Las nubes lloran piedras
sobre nuestros pechos ciegos.
Mis hijos, ay, tus hijos
pulirán los granos nuevos.

Toma la manzana
dame tú el testuz.
Quizás, tal vez lleguemos.
Más allá está la quietud.

III

La noche se precipita sobre el día
en un arcaico sitio
donde los miembros destrozados
aguardarán otra mañana.

Exprime el vino, toma el vino,
derrámalo sobre la piel
y que chasquee al aire el resto
porque la noche quiere ser consagrada.

Porque la noche quiere ser consagrada
y vano es que le extienda
—tan vano como la furia azul del mundo—
esas serpientes puras y radiantes
de tu mandíbula desesperada.

La noche comienza su delicada trasmutación
y el perfume apacienta
los campos muertos de los ojos,
a tientas, bajo la vara de la luna.
Exprime el vino, suelta el vino
sobre este puerto de angustiados.

Parte a la noche con su risa
la tierra, la tierra, la mujer antigua.

Por estas cuevas, por estos socavones,
por estos luminares, entre vórtices
que al destituirnos muelen la palabra
seca,
la palabra
NÚMERO,
tierra, mujer antigua,
¿por aquí comenzaremos la búsqueda?

Alma, mi novia, alma que no fatiga,
tú te adhieres al fatigado planeta
en este sitio, en este
cutral imperio de antiguo modo.

Amanece detrás de las montañas
y es otro globo de luz, es otro día.

IV

Tierra, montañas, estamos sobre muelas eternas
con un cerrojo que salta nadie sabe por qué.

Siento bajo mis huesos hacinamientos humanos,
largas, largas cosechas que rompen cuernos antiguos.

Hay en la trama una oculta voracidad que destroza
la pura malla de amianto de la vara perfecta.

Niño, sobre la boca, boca de vórtice estamos.
Pobres, tus pobres pasos pisan la lámina ardiente.

Artero espacio en la calma, soportal de la ruina,
toma mi sangre, tu sangre, dame el verbo radiante.

Palpa, palpa el precinto, latón en cruz. La catástrofe.
Luego dame la calma, dame la paz de las plantas.

Tierra, yo he visto los huecos de tus grandes raíces,
la descuajada fiereza, tu crueldad, tu crueldad.

Viene la angustia, viene su carozal desollado,
pero
viene el amor naciente, el amor, la clave del polvo.

Todo camina, yo sigo como un sol más iluso
o con la vela entregada del sutil panadero.

Mansa, la mansa furia la ardiente médula dice:
Niños, guardáis vosotros mi misma rota tormenta.

El árbol briza la tierra con sus ramas pesadas
y más allá de los cerros hay hogueras ardiendo.

Dime, clave del mundo, dime el sentido de tanto
látigo sobre el polvo, derrumbe y ácidos crueles.

Roja oquedad del páramo, uvas negras del óxido.
Ay, los racimos muy pronto mostrarán su esqueleto.

Padre, las piedras rojas, las piedras rojas se vuelven
nubes, partidas nubes bajo la luz sin amor.

Dame, dame tu espina sobre estas piedras seguras,
sin primavera, dame tus elementos de muerte.

Cuerpo, la bella carne, contigo cae la angustia.
Tierra, cauce absoluto, juntos en ti nuestros huesos.

V

Chuschín era un pobrecito, era un pobre pajarito. Cuando el reparto de dones él quedó entre los mínimos. Pero lleno de una ambición sin moraleja, ambición puramente humana, le pidió a Dios permiso para intentar una hazaña grandiosa. Dios, como siempre, no dijo que no. La hazaña era derribar de una sola patada la Torre de Babel. De un vuelo llegó a la Torre y dio la enorme patada, la increíble patada. La Torre no se movió, chuschín se quebró la patita y Dios nada dijo. Entonces chuschín se desterró para siempre en los montes de La Rioja.

Esta historia me la contó un paisano de Sanagasta, en un atardecer, mientras bordeábamos el río Huaco y oíamos los grititos del incurable chuschín.

VI

La tierra dio un gran tam tam y amanecimos
y fue otro día y otro juego y otro,
y fue una resaca más sobre los jugos
flameante como un pabellón de múrice.

No me despiertes
mi bien, mi bien,
que al sueño lo conozco
y a la vigilia no la sé.

Sobre la tierra fiesta, día de fiesta
pero la triste fiesta del entierro:
las notas del Carnaval vuelven al cuerno
—la bocina del mundo— de la muerte,
y allí quedarán tapadas por un año
bajo una ciega guerra, sucia vida.

El Carnaval se vino
y el Carnaval se fue.
La botella de su sangre
que las montañas la guarden bien.

Y en esa plaza sabíamos
hay una plaza triangular
¿recuerdas?
Oh, ¿dónde estás tú, Belleza?
manteniendo al talud en su rica umbría.
Y en un pueblecito arcaico
que todo es como en Sanagasta:
la sequedad con viejos mugidos, viejos,
y las puertas con su cruz de latón que dice: ABANDONADO.

Pero tuvimos una alegría
mi bien, mi bien.
Mi bien se fue por el cerro
¡ay! me fuera yo con él.

El tiempo demora su asta en la muyuna
y el pueblo avanza en medio de sus víboras.
Chuschín, chuschín, ¿la Torre de Babel?
Y avanza el pueblo con su albahaca y su harina
y pienso en chuschín, chuschín, el malherido.
Babel, chuschín, ay del tiempo.
Pero rompen, pero rompen
la palabra que dice TODOS,
las apretadas muelas llamadas MIEDO.

Chuschín, chuschín
¿dónde está
la patita coja
de la Torre de Babel?
Si alguien la encuentra

en el río Huaco
que me la guarde
que me la dé.

Y el pueblo vino comiendo el muñeco,
ah ilusión, ah crueldad, ah silencio,
besando compadres
coronando flores.
Y fue consagrada la tierra
en albahaca
en aloja
en bombo y violines.

Y veló el amor hasta que quiso,
cercando la plaza
trasijando el pueblo,
y se perdió en el páramo
donde comienzan
los derrumbados castillos de los cerros,
y donde nunca hubo nada sino la nada
y también un montón de huesos.

En esa plaza cabía
ah... ¿perfectamente?
la marisma que se define
mas la que nunca hallará su cauce.
Y en ese triángulo estábamos
recostados sobre el más alto vértice,
sin padre,

sin madre,
sin hijo,
con nuestra peligrosa potencia
pendiente de una fíbula,
de una rosada fíbula de sonido:
la palabra.
Por cierto que hubiéramos querido
brazadas chisporroteantes
como de niños jugando bajo una parva.

Pero hubo solamente
como también totalmente,
meandrosas ciudades,
cisternas inesperadas
y un antiguo vaivén inédito:
las almas almas.

Por estas razones más por muchas otras
que no caben en los cuencos ni podrían caber,
doy gracias a la tierra
y doy gracias al Carnaval
y guardo un espejo roto para el hombre y para la mujer.

VII

Yo le canté a la tierra
porque no la sabía.
Que la cante quien no la sepa
que si la supiera se la callaría.

Después de haberla aguantado
después de haberle dicho NO
después de darle el socaire de mi esplendor,
de mis ingenios abalorios,
estoy otra vez aquí,
oh tierra,
creyendo que me posesiono de tu silencitud.
Aquí, sobre mi tarja que yo mismo elevo
en medio de tu amoroso desorden.
Porque tú eres como los pichones del naranjero,
como su enclenque pellejo sucio
bajo la voracidad roja y amarilla de la boca.
Tú eres, en fin, una larga cadena en llamas
que aguarda incalificablemente
la música de la fragua de su espernada.
Y en nuestro puño apretado no tenemos
sino las fábulas dolorosas,
la bronca proporción, nuestra proporción.
Esto frente a tu comba infinita.

(Hay más, hay una divina proporción
pero ya no es tiempo).

Yo le canté a la tierra
porque no la sabía.
Que la cante quien no la sepa,
que si la supiera se la callaría.

Además hay otra cosa
—y es una cosa que irrumpe y nos pierde todo—
y es una cosa antigua,
y es bajo el cielo ilusorio
como las uvas de Tántalo.
Oh, Gran Madre, dime,
¿tú recuperas en renovadas hecatombes
tu felicidad sin reposo,
tú,
a quien nosotros nos adherimos
como el musgo a la piedra afilada?
Tú guardas, ¿no es cierto?,
la rueda de nuestra pequeña eternidad,
la guardas con avidez, como a raspa de tu visible carne.

Hay otra cosa
lo sé, lo sé,
pero yo tuve su tiempo
y ese tiempo ya se fue.

Y aquel tiempo escondía como este
una amenaza urgente de catástrofe,
siempre al filo de todo, comprendiendo
que hay un gran desparramo llamado NÚMERO
y hay mandíbulas mecánicas llamadas LEYES.
Esto contra nuestro ciclón de quincallería.

Por todo esto más por el cansancio
cuyos élitros zumban al mundo desde su origen,
me entrego a la querida madre de la desolación y del sosiego,
y no le pido nada sino su belleza.

VIII

Y no le pido nada sino su belleza
bajo los inflados peces de oro del cielo del atardecer.
Y vamos por un camino que desemboca
en un pueblo que ya no es pueblo, y que ha nacido
como el glu glu del tiempo nadie sabe dónde y nadie sabe por
qué.

Súmete en su delicia: para tu destino
vacilante, criatura de los pies de sebo, para el más perfecto,
no es necesario sino esa levitación
de la madera del mundo, cuando se mueren
las cinguladas cosas, las crueles en su malicia de guerra.

Y para este poema necesitaría
saltar los precintos ofrecidos a la fatiga, oh miseria,
con una furia divina volviendo al caos,
y saliendo de allí en desconocidos síntomas
cada cosa una cosa y las palabras listas para la gran fiesta.

Pero no vuelco sino un verbo senescente
con una cenefa numinosa que engendra perfectos terrones
y un perfume de flor primera y palpitante:

los mundos de la noche con frutos haciéndose
bajo la magia de la luna, con una voz que dice: SOMOS.

El viejo roimiento de secano pacta
como la angustia con la risa, ah, y el esqueleto con la carne,
pacta con las estrellas, con los luminares.
Y la destartalada podre de este fimo
es un procedimiento, Belleza, pero que despelleja el alma.

En este rincón de la tierra quedan cosas,
en arremolinados soles, seguro, en la trampa absoluta,
cosas más altas que el más ardiente sonido,
ah, de sí, de la maravilla suspendida,
quedan las infinitas esferas respirando su pura música.

Y también quedan los sueños, los que le guardan
al hombre su lejana esencia, su hueso, su trino indescifrable.
Queda, queda una onda, Una, Una Onda
y un torbellino inmóvil queda. No le pido,
ah pulso lucentísimo, no le pido nada sino su Belleza.

IX

Aquí,
desde una madera purísima,
en una lejana exaltación
—en la lejana exaltación cruel de la conformidad y de la
quiebra—
te vuelvo a crear, oh Belleza,
Belleza de los henchidos estambres.

Te vuelvo a crear y tú arrojas
tus varas lucientes y finas,
tus certeras caudas
cortando el caldo laso de nuestra noche.
El tiempo con sus escuadrones calvos,
el tiempo con sus empiojados escuadrones
precipita su furia más allá de toda balanza.
Oh, mi oh más profundo:
yo
entusiasmándome sobre la disolución,
aguardando con la boca
inmensamente abierta
mi zenit, mi zenit
todo de vírgulas de fuego.

Oh, Belleza que construyes

con aceites esenciales
aquí,
aquí mismo,
mientras en medio de mis chafaduras
yo pulo pacientemente
las adarajas que siempre mostrarán
sus alvéolos vacíos.

Pero desde la distancia refluye el Ritmo,
el Ritmo que es nuestra verdadera playa paternal,
único Fuego entre fuegos,
el sin Consuelo,
el sin Gloria,
el Ritmo, de la verdadera vulva materna.

Y yo que estuve enferma de otros fuegos
de otros silentes mundos en espera,
piso
piso inaugurándola
en este hoy ya eterno
tu tierra, tu tierra, Belleza,
Tu Tierra.

La soledad y las hermosas fábulas

I

I

Cuando este hostigo haya cesado,
cuando este urinoso henil haya disuelto
sus esplendorosas heces,
tierra,
cuando letras capitales anuncien que he muerto
con su palpable muro, con su cierto
venero de realidades,
cuando la fragosidad tronchada
y yo pairada, quieta,
con las velas tendidas y las cuerdas largas,
Muerte,
entonces, ¿comenzará entonces la historia?
Porque hasta ti se construye a latigazos inciertos,
pero desde tu verdadera proporción
hacia el pistilo pleno
pulcramente se desenfunda una verdad,
cierto,
una verdad.
Ah del movimiento.
Ah de sus fauces trituradoras
en busca del gran regazo
del gran regazo y de sus sabios ojos.
Ah de nosotros, a tarascones entre sus polos madres.
Pero es muy cierto, Muerte,
tu raigón solitario,
tu gran hito en el páramo informe.

¿Alguien,
alguien tirará de ti hacia mí,
muerta,
como las criaturas del árbol de mayo?
¿Harás tú bocina perfecta
y lanzarás lo que fue mi pequeño sistema,
pero como un radiante círculo sin juntura
salido del alegre pecho de Dios?

¿Todo esto Tú, Muerte,
mi bella Todo en la Nada de la cual vengo?

II

Claro está que de repente
se salta como un surtidor fuera de madre,
sin mezcla,
en la purísima materia de la alegría,
trizando la chamarasca
trizando las costras acomodadas
trizando
trizando
por sobre las futuras formas
hasta la luz de oficio cierto pero ajeno.

Claro,
claro está sin residuo.
Claro,
claro está sin neblina, la mayor compañera de los hombres.
Claro está que la corrosión se disuelve
alguna vez,
y alguna
Una
Una Vez
todo vuelve a ser respirable
y nuestra pisadura es redonda y delicada
bajo los miembros perfectamente dispuestos.

Claro,
claro todo en una dispersión gozosa
donde ligar o desligar
no es sino un parpadeo de la eternidad.
Oh,
y ser,
ser,
un polen de luz.

III

La soledad del hombre,
el agua para su calcinada espina.

Los dominios, los dioses verdaderos,
todo aquel barro puro
¿dónde estarán ahora,
cuando una desbordante ola
enmelaza al diamante?

¿Dónde estará
mi criatura saltarina,
mi ingenuidad,
oh mi pura soledad?

Hay cosas en el intermedio
(lo digo en torbellino,
con la mirada de Caín en un extremo
y el sabio vino “del que dormirá largo tiempo bajo la tierra”
en el otro polo).

Hay cosas dentro del hierro del tiempo.

Cosas para nosotros, ovilladores del sol,
sentados en el polvo entre magras espigas.
Cosas, cosas con y sin medida,
firmes y dudosas,
como una incisión en los ojos
o pulidas en el aire de la hora perfecta.
Hay desde el esplendor hasta las tripas.

(Ah pero las tripas son buenas
solo cuando hacen ruido,
cuando la gotita cae
como una bendición sobre la lengua).

Pero las fauces huyen de los bosques.
Talado, sí, talado el campo y ya reseco.

La soledad del hombre,
el agua para su calcinada espina.

IV

Contrapunto

*Se colma el apogeo
máximo de la tierra.
Aquí está: la verdad
se revela y nos crea.*

Jorge Guillén. *Salvación de la primavera.*

*Ah de la vida, ¿nadie me responde?
Quevedo. Sonetos morales.*

Hincádonos
en la carne del tiempo,
en la carne de cuero del tiempo,
también inesperada,
la sola.

Corta
por el fondo de este campo
la agonía.
Olvidados seremos
por siempre.

Sabiendo
que los espejos huyen
y un trino de horizontes en fuga
es el talud del hombre,
cantemos.

Vente
silenciosamente muerta
sobre el campo,
oh, vida. El olvido.
Caigamos.

Nimbado
cayendo a pique el hombre,
¿qué tierra contendrá su desastre?
Los recuerdos, sí, mundos
naciendo.

¿Sabes?,
cuando el herbazal agita
los airones
madura su apogeo
la muerte.

Oh lanzas
reventando vellones
de hierro de la nieve: las flores.
Primavera. El rescate
divino.

Túmulos
alza el amor con sus dedos,
bellos dientes,
aguas, aguas que pudren los hilos.

Sí, tengo:
recuerdos, soledades,
la muerte, la carcoma, más algo
esplendoroso y joven:
LA SED.

Hasta tus avenidas en fillos,
Hermosura,
recibirán horcates
sin término.

Alegre,
alegremente largo,
largo el resto en cada bocanada.
De cada Último naces,
mi Uno...

Luego
la luz de nuestro hemisferio
astillando
su hierro zumba y cae
sin voces.

Sí, pero
trinos, recuerdos, flores,
pero sí de sí y en granazón.
Una materia, un gozo
salvados.

Tuétanos,
tuétanos agrios de dioses,
con sus túmulos,
con su espiral de vida
plegada.

El tiempo,
el de dogal de muerte,
de la nuca para atrás y en náufrago.
Ah, el de radiante espina
surgiendo.

Con dioses,
con futuro y un suelo
de tierras en total remolino,
¿desplegarás, Belleza,
tu reino?

II

I

Estamos, Yeres.
Somos, Yeres.
Desde este muelle rechinante,
mimbre entoldado por tranvías alharaquientos:
Estamos, Yeres.
Yeres, somos.

Por una nueva vez hemos,
hemos derrochado borbotones de vida,
definitivamente fija, eternamente.
Para liberar al instante,
para colocarlo fuera de la medida,
para que los contornos
las formas de la angustia
no sean ya.
Detente, no formes palabras.
Desestima, como yo lo hago,
los artificios de la panoplia.
La luz no existe.
Y al decir la luz no existe, digo:
no existimos nosotros
y Dios es una incógnita gozosa.
Pero hay algo,
el primer asimiento,

el primer cimbrón inmóvil,
hecho de una materia
que devora hasta lo que habrá de existir:
tu mirada,
mi mirada que ya has desintegrado
y que devuelves
con redoblada fiereza.

Esto.
El instante asido.
Yeres, estamos.
Yeres, somos.

II

Las hojas del camino extienden,
con la tentación de su fin,
una cosquilleante presa para el jugueteo.
Tarasqueemos con suavidad sus flexibles flechas.
Deja, abandona en una irreformable reserva
los chorros ciegos y cerrados
en su perfecta agua pesada.
Deja también el odio
que nos suele encender para la fugaz pacificación.
Ven, te invito a jugar
sobre todas las formas de la vida y de la muerte,
con una felicidad, con una
felicidad nutrida
por el infinito gozo de la muerte ilusión.
Ven, paseemos
(y al decir paseemos digo:
asumo para la eternidad,
en desbordantes vesículas,
esta violenta belleza de la tierra).
Ven, paseemos por los campos
de la vida y de la muerte.
Cruzando ríos cuyas aguas comprimimos
al liberarlas de su sentido ingenuo,
ríos de la muerte ovillada,
que entre las ingeniosas plumas de los patos

esconden ante las miradas que súbitamente acuden,
la muerte,
oh, gloria,
la muerte.
Cruzando también entre frutos que arrojan
sus semillas que nadie recoge,
para sacrificar a la síntesis de lo existente.

En lo alto del cielo
el harnero del mal se ha vuelto
de una pesadez transparente.
Y el espacio,
el espacio que transitamos,
está hecho con la materia trémula
de un éter beneficioso.

Toma y dame,
mordisquea
en las aguas cuyo origen se derrama desde cántaros pulidos,
en los árboles animados
que conversan y se topan
amorosamente por las noches.
Coge la pajueta de alguna Gehena y tantea
el verdadero rostro de Jesús,
y observa
cómo el Dios de la destrucción fija
sus puros ojos en la reserva de su oficio fervoroso.

Extiende la mano y deja

correr al viento de la tarde:
Dios juguetea entre tus dedos.

III

Glorifiquemos a la lluvia
porque ella,
con la fatalidad de la naturaleza trae,
en chasquidos rebosantes,
la exacta forma de nuestra fatalidad.
Porque esta angustia de haber perdido
todos los garfios y las cruces
por las cuales cada mitad de mi alma besaba
a su contraparte en un positivo gozo,
no es sino una fatalidad:
la destructora fuerza del amor bifronte.

Sí,
en medio de los ropajes de la tierra,
apartando con desesperanza los erizados círculos,
luchando entre la tristeza y la furia,
con bocanadas de un bien que trastabilla,
yo.
Y frente a mí, en espuestas
estallantes donde la forma
ha liberado a la felicidad,
el amor;
el amor con su hemisferio
cuya radiante médula nos permanecerá ajena.

Ay de nosotros si no fuese
por sus bizcantes ojos que mantienen
a este manco solar sobre sus piernas.
Ay de nosotros, si no fuese
por su boca que inventa el Paraíso.
Por su inflada nariz en cuyo fondo
se renueva el rumor de nuestra vida.
Pero hay un signo antiguo, un signo cierto,
una flecha infinita, y ciega, y sabia,
paralela al amor y cuyo nombre
cada instante en el mundo se disuelve.
La dejaremos con su misterioso
dintel que engulle a todos los torrentes.

Glorifiquemos a la lluvia
porque ella,
con la fatalidad de la naturaleza trae,
en chasquidos rebosantes
la exacta forma de nuestra fatalidad.

IV

Recibes en este momento
a través de los glóbulos de mi cuerpo,
generaciones de sonrisas
mutiladas esferas de otros seres,
en un gesto
en un cándido estremecimiento
en mis mal formadas palabras que juntaron
despojos y sazones para su matriz.

Tú debes estrechar por un largo proceso de maravilla
la certeza
la cálida luz del mediodía,
sí,
de consumirte en una mujer
y luego en muchos seres
y en la multitud de todos los seres
hasta llegar finalmente
al círculo de los primeros amantes.
¿Sabes?,
¿conoces su poderosa quejumbre
cuando se entregan al amor,
sin accidente,
con una clausa imaginación,
con los párpados encandilados

por la primera luz de un mundo
todavía
exactamente
virginal?

Ponte en soledad y aprieta
sobre tu frente la piedra del poder,
y en ondas que germinalmente contienen
cada una de las potencias del mundo,
arroja tú,
por la segunda vez,
todo el sistema a rodar.
Tú
mientras sonrías con sabiduría.

Yo estaré en el opuesto hemisferio
recibiendo las criaturas de esta gozosa teogonía.
Yo,
finalmente inflamada por aquella fuerza
desenterrada de las raíces del árbol del mundo.

Yo estaré con la primera fuerza,
ignorando los difusos símbolos de la melancolía,
y sobre una estable arena
compaginaremos la exacta faena de la creación.

V

Las bellas alas cóncavas,
perfectamente cerradas sobre un mar apenas sesgado
han muerto.

Han muerto, pero, sin embargo,
su misteriosa sustancia penetra
cada aventura de nuestros ojos.

Por esta triste razón, ¿sabes?
Por esta triste razón pido,
es necesario,
profundizar nuestro amor hasta aquel punto
en que los elementos del mundo,
girando,
con su magia cumplida al final del tiempo,
muestran la aguja luz
todopoderosa
movida desde nuestros corazones.

Estoy frente al mar, esta tarde,
al abrigo de este mar sin otra leyenda
que la de ser cuenca del fosforecer humano.
Y aquí,
desde una hoya de arena fina,

en soledad,
siento
siento en un íntimo rumor confuso
la exacta y feliz medida de nuestras posibilidades.
¿Sabes?
De nuestras posibilidades.
Aquí,
en medio de osamentas marinas.

VI

¿Dónde estarás?
¿Por qué agujeros de tierra te buscaré
cuando hayas muerto?
Me vuelvo mientras caminamos,
y un empedrado misterioso,
en su inmovilidad me dice: aquí no.

Pero es necesario
que tú te repliegues en mis tristes aguas y comprendas
porque pregunto con cierta urgencia,
con cierta urgencia tarasqueada de irreparables dolores:
Después de rotas las ligaduras de la nada,
yo tuve una alegría que desplegaba
su esplendorosa naturaleza en una
infinita extensión sin reparos.
Esto fue cuando supe,
sin el pingoso amontonamiento de lo relativo,
que existe otra tangible esfera
y un modo formado por el renunciamiento.
Pero luego,
con la sutil seguridad de este obstinado mundo,
la desesperación que acumula sus fuerzas, mostró
la alegría en cascarillas,
las cascarillas en pilares de agua,
y el aire desintegrado y laxo.

Hasta que tú te mostraste con tu poder de isla
en el promedio de las primeras aguas despobladas,
atrayendo todas las esperanzas
de una floración terrena infinita.

Tú,

midiendo la diversidad

con una perfecta sonrisa de sabio auriga.

Por eso en cualquier minuto menos en uno,

con un desasosiego embebido

de las más puras esencias de la vida,

el corazón me vuelca la misma,

la misma insoluble pregunta:

¿Dónde estarás?

¿Por qué agujeros de tierra te buscaré

cuando hayas muerto?

Hasta que tú te mostraste con tu poder de isla
en el promedio de las primeras aguas despobladas,
atrayendo todas las esperanzas
de una floración terrena infinita.

Tú,

midiendo la diversidad

con una perfecta sonrisa de sabio auriga.

Por eso en cualquier minuto menos en uno,

con un desasosiego embebido

de las más puras esencias de la vida,

el corazón me vuelca la misma,

la misma insoluble pregunta:

¿Dónde estarás?

¿Por qué agujeros de tierra te buscaré

cuando hayas muerto?

III

I

Es tan misteriosa la felicidad.
Sin armazón,
sin razones,
de pronto
salta como hecha de una sola vez.

Tú,
creador de esta maravilla,
como las madres y más allá de las madres,
como ellas recipiendario
como ellas
manejado por hilos que están en todas
y en ninguna parte.
Yo no te pido que tajes
tu tegumento más profundo,
te pido que tibiamente
entreabras tu nidal de umbrías
y recibas
recibas tú
una vez
la felicidad.

II

Todavía nos quedan Cosas,
nos queda el sol
y sobre la muerte,
queda nuestro último hueco que no está hecho
sino de eternidad que se degrada,
ah,
de su ciega sed inconsolable.

El alma anduvo traqueteada,
el alma entre la resaca de los días,
desvencijada, verde de residuos,
deshecha, pisoteada por las cosas.

Todavía nos quedan Cosas, querido mío,
allí, en la zona en que los diamantes se están haciendo,
más allá,
más allá de la soledad,
cosas de aquellas
que gritan la pobre ley que las sustenta:
ESTO SE PAGA.

Están, es verdad, las naturalezas:
el bien, el bien, el mal, el mal,

y sus profundas lanzas que descuajan certeramente
el avaricioso tejido de las fibras nuevas.

Todavía nos quedan Cosas
en el poderoso reino del aire
descoyuntadas por las cuerdas del agua densa.

Nos quedan también los insalvables claros:
de la mirada al alma
de la palabra al alma
del dolor a su asidero
de la alegría que nunca tuvimos
a su único, a su verdadero esplendor.

Pero es preciso, pero es imperioso
la trasmutación de nuestros miembros destrozados,
para separarle tiernamente el aire
a la última,
para aliviar de su envoltura
a nuestra última yema floreciente.

Los años corren como la sangre en la guerra
y la tierra, la tierra no quiere,
no quiere sino su adormidera
su extensa planta
su mandíbula inmutable.

III

Y finalmente
los indeseados fuegos,
los fuegos más sabios,
difunden esta tarde una increíble promesa:
Pronto resplandecerán las comarcas
que la vida te saqueó y esconde.
Ah, si esta engañosa voz hubiera sonado en mi edad perdida,
cuando la tierra y el cielo me crucificaban
con su pavoroso secreto de certeza,
cuando de mí manaba una pervertida y pobre fuerza,
el canto, la facultad del canto,
sucio como el recién nacido,
sucio pero lleno del flojo suelo.
Pero ahora,
ahora
nos estamos quedando viejos,
niños ciegos, fantasmas de blanca lepra
convaleciendo de sucesivas enfermedades
en un hospital de saltimbanquis.
Con el alma llena de sueños muertos,
sueños que se van pudriendo para engrosar una tierra,
ay,
una algarabía derrumbada entre sus oros.
Está bien, está bien, pocas, pocas cosas.
Está bien, verdaderamente sólo un gran silencio

y miembros, miembros quietos bajo un cielo puro
y la terrible carga del corazón, disuelta.

¿Dónde estarás, dónde estarás, fuente de la Alegría,
al final de qué infame desorden?

Sí, pero ferozmente, otra vez una incontaminable fuerza.

¿Hacia dónde, sabiduría?, ¿hacia dónde?, tú no lo sabes.

Oh, fuerza que nada espera y que nada sabe,

fuerza entre los monumentos y las esperanzas,

fuerza que de Nada viene y va hacia Nada,

un grito,

un instante,

el amor en su definitivo vórtice.

¿Oh Alegría, oh Alegría, dónde estarás,

al final de qué radiante desorden?

IV

¿Y nos quedaremos con nuestras soledades,
tranquilamente, es decir, amansadamente,
cada cual cada cual, contando días
y mimándose las síntesis?
Pero la furia me descuaja, por fortuna,
la furia con su brazo y con la lanza: ESTO ES.
Porque sí, sí, sí, nuestros minutos están hechos
de vaivenes que chocan como moles de piedra,
de su jugo de sangre y su fina nube.
Y el amor es un dolor tan grande
que casi no se puede soportar.

Hay profesores y hay despreciativos
—el mimbre fino, el hacha que nos salva—
y hay ayer —sabiduría—, hay hoy, muchas otras cosas
y una degradación que no aceptamos pero es.

Ahora el amor se pega a su recuerdo,
salvando caos, como la uña a la carne,
se adhiere a su costado en la maravilla
oh boca y una cosa, una y la misma la sangre antigua
y el malabarista herido llamado alma.

La tierra, su imperio de servidumbre sobre los hombres.
La vida que no es lo que nos enseñaron en la escuela.
Saber que alguna vez diremos:
ya todos nuestros días terminaron.
Todo esto, seguramente, podría apagar un poco,
podría
apagarnos un poco
o podría
tirarnos a nuestro último rincón junto
con flores secas, sedas ajadas y pelos mal teñidos.
Pero mis memorias se apagaron
y aquel conocido temblor a latigazos con sabor a bilis
ha cesado hoy, por hoy en mi pobre cuadrado.

Nada más, ah, no más
por una vez quiero,
quiero hasta la muerte
el verdadero sabor de los bienes terrenos.

V

¿Y de aquí hasta la muerte que nos queda
si no devorar al tiempo rabiosamente,
con una mandíbula que se va aflojando
hasta volverse también ella
materia pura de la muerte?

Éramos más dueños que los más altos reyes
pero no lo sabíamos.
Los hijos de la mañana se levantaron naturalmente
siguiendo su órbita que pesa
como una fatalidad de maravilla.
Se levantaron en la avenida de álamos
con su impalpable sin mañana
y se aposentaron en nuestros desasosegados esqueletos.
Del río nacía una luna sangrienta
amasada
con la generación del odio de los hombres.
Y el río no soltaba
no soltaba sino un jugo animal,
un contrafuerte de grasa irredimible.

Ah, no más palabras, este es un Instante,
un milagro hecho a nuestra medida incomprensible.

Estábamos creando el mundo
a partir de nuestros huesos,
y con un manojo de espinas en un puño
éramos los herederos del primer solar.

No nacemos hermanos pero el tiempo
con su mísero plasma nos hermana.
Cada cual sabe bien por qué se asfixia
cómo se desmorona.
Por esto, por todo esto y por muchas otras cosas
que en su desolado misterio el corazón prefiere tapiar,
digo y muy triste:
en algún irreparable punto ha quedado todo.
Todo queda.
En algún relámpago de la gran pirámide de confusiones.
La memoria es una matriz consoladora.
Pero sobre todo el olvido.

Es necesario
que Dios comprenda
comprenda que no es posible
este constante derrame
de piedras heladas e hirvientes
sobre los hijos de Dios.

Nota del editor

Aquí, entre magras espigas (1949-1951) se publicó por primera vez el 24 de diciembre de 1952 bajo el sello Ediciones “Sexto Continente”. En la presente edición se suprimió el prólogo escrito por Eguren por criterios editoriales de la colección *Versos aparecidos*.

Agradecemos al hijo de Alicia, Pedro Catella, por su predisposición para participar del proyecto, a Roberto Baschetti y a Vera de la Vega por la valiosa información aportada en el transcurso de la investigación.

Marzo 2023

Axel Kicillof

Gobernador de la Provincia
de Buenos Aires

Verónica Magario

Vicegobernadora de la Provincia
de Buenos Aires

Julio Alak

Ministro de Justicia y Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

Matías Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires



colección
Versos AParecidos

Otros títulos de la colección:

Versos Aparecidos, Carlos Aiub.

Dolores, bufandas y recuerdos, Mónica Morán.

Un minuto de historia, Miguel Ángel Gradaschi.

La niña que sueña con nieves, Luisa Córica.

Banderas reunidas, Imar Lamonega.

Una sangre para el día, Dardo Dorrnzoro.

Los últimos poemas, Daniel Omar Favero.

Las y los invitamos a leer este poemario. Los compañeros y compañeras desaparecidas eran militantes, eran padres, madres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, eran personas comprometidas con su tiempo, eran personas que amaban. Estas poesías fueron rescatadas por sus familiares luego de la desaparición de sus seres queridos. Entendemos que es una de las responsabilidades del Estado garantizar que las memorias del pueblo no se pierdan. Y por ello creemos que la mejor forma de hacerlo, está en poder darles hoy a las y los poetas desaparecidos, la oportunidad que les fue truncada: que sus poemas sean publicados.

Desde la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires editamos esta colección de *Versos aparecidos* para garantizar la memoria, porque un pueblo con memoria es democracia para siempre.

Matías Facundo Moreno
Subsecretario de Derechos Humanos
Provincia de Buenos Aires

8

AQUÍ, ENTRE MAGRAS ESPIGAS

La colección *Versos aparecidos* es el resultado de una búsqueda detectivesca de poesía inédita, perdida, escondida o silenciada por efecto del terrorismo de Estado.

El rescate y la difusión de literatura producida por la militancia perseguida, desaparecida o asesinada durante la última dictadura y el período previo, completa el trabajo reparatorio que ejercen las políticas de Memoria, Verdad y Justicia. También permite revalorizar el lugar que cada compañero y compañera ocupaba en su vida cotidiana. Los poemarios que componen esta colección funcionan como portales hacia los deseos y sueños más íntimos de sus autores. *Versos aparecidos* propone constituirse en legado para las generaciones nacidas tras el genocidio y contribuye a comprender desde una percepción ampliada, los procesos históricos actuales.

Siguiendo el rastro de textos inaccesibles o censurados, así como de libretas y papeles que forman parte de archivos familiares, *Versos aparecidos* realiza un trabajo de edición literaria y poética, no documental. La colección se propone recrear el vínculo de trabajo imposible entre autor y editor, mientras recupera a las y los poetas del silencio, no del olvido que nunca los ha alcanzado.

colección
Versos AParecidos

M V J
EDITORIAL
MeVeJu
Derechos Humanos PBA

ISBN 978-631-90009-2-4

